

Cuando el viento  
se equivocó de  
dirección

Pedro Hugo García  
Peláez



**ISBN: 978-1-4717-1066-7**

**Imprint:Lulu.com**

***1ª edición***

*Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.*

© Pedro Hugo García Peláez, 2022



Al llegar a oídos del padre de Morad, que su hijo estaba aficionándose a las drogas y al juego, tuvo una agria discusión con su esposa, a la que recriminándola le dijo: ¿No te has enterado de que el esclavo de tu hijo se está drogando?.

Mientras tanto, en Madrid, Morad se desangraba en las muchas noches de fiesta a las que iba, ajeno a todo lo que fueran sus responsabilidades.

Por la noche tocaba fiesta y por el día, cuando bajaba el sol y el bullicio de la ciudad empezaba a aflojar, otra fiesta comenzaba con la sana costumbre de fumarse unos porros antes de comenzar de nuevo la acción.

A cientos de kilómetros de donde estaba su hijo, la madre de Morad le hizo un gesto de advertencia a su marido, mientras reposaba reclinada en

el sofá de piel de zorro ártico, que desentonaba un poco con el calor que hacía en su finca de mil quinientas hectáreas en pleno centro de La Campiña Sevillana.

— Todavía recuerdo como dejaste al niño de lado cuando nació su hermana pequeña. Sólo tenías ojos para su hermana y él se sentía confundido.

“Mi hermana pequeña había muerto cuando ambos éramos pequeños”.

— Tu hijo está decepcionado. Yo estoy decepcionada y esa amiga idealista, que iba con él hace unos años, Tina creo que se llamaba, de la que te reías, parecía una chica íntegra a la que prohibiste que fuera con él y a la que también dejaste decepcionada.

— ¿Quién sabe donde estará ahora tu hijo?.

— Seguramente lo estará pasando mal en algún sitio horrible.

— Morad necesitaba amor y nunca se lo diste.

—La hija de mi hermana, por ejemplo, es mucho más feliz desde que empezó a tratarse con un apuesto joven terapeuta recién salido de la Universidad, que la ayudó muchísimo cuando se quedó traumatizada al ver como un profesor de su colegio, le puso la mano a una compañera suya de clase en donde la espalda pierde su casto nombre de una forma indecorosa y lasciva.

—Estoy seguro de que sí, de que la ayudó mucho.

—No seas sarcástico seguro que la ayudó. Y tú deberías ir a ver a ese terapeuta. Vete a verle antes de que sea demasiado tarde para ti y también para tu hijo.

—Es muy posible que tu hijo tenga una recaída cuando se entere de como prohibiste a Tina de una forma déspota que no le volviera a ver. Sé que el niño acabará volviéndose contra ti.

Como el padre de Morad tenía la mala costumbre de matar las moscas a cañonazos y también solía hacer lo contrario de lo que las indirectas de

su mujer y el sentido común decían, decidió llevar a su hijo a un centro de desintoxicación que le había recomendado un conocido suyo con el mismo problema, para que el asunto de Morad no fuera a mayores .

Era una antigua clínica de reposo de cierto renombre que había sido creada siglo y medio atrás de una forma un poco turbia de la que nadie sabía mucho.

Aunque las malas lenguas murmuraban que había sido de una forma ilícita planeada por una integrante de la familia Osborne, pisándole la idea a una tía carnal suya.

Ésta fue considerada en su tiempo como una gran mujer y es que en aquella época a nadie se le ocurría rechistar de los tejemanejes de la familia Osborne.

Esta gran mujer siempre había sido muy ágil para los negocios y para morder con sus colmillos el cuello de los demás y apropiarse de las



ideas de los demás, incluso dentro de su propia familia.

Aquella gran señora fue a ojos del mundo la fundadora de la residencia.

Su táctica fue presionar a su tía carnal, la cual al principio se resistía a cederle el proyecto, pero que luego no sé si cansada por las presiones o por otros motivos, aceptó retirarse del proyecto a cambio de dos hectáreas de viñedos, que la familia de esta señora había heredado un siglo atrás de la familia de su tía, con lo que todo había acabado en familia.

El viaje desde Madrid hasta el centro de desintoxicación duró seis interminables horas bajo un calor sofocante, mientras mi padre iba conduciendo sin dirigirme la palabra.

La carretera parecía una laguna gris como si estuviera hecha de aceite extrarefinado de la que parecía que salían vapores que iban desapareciendo al pasar.

Mientras iba pensando en no sé qué, oía una voz dentro de mi cabeza que me decía: “Ya no volveré jamás”... ya no volveré nunca a esas fiestas sin fin.

Aquella residencia estaba situada en un pequeño pueblo de La Andalucía profunda, entre dos pequeñas lomas llenas de olivos, que tenía el encanto de los pueblos pequeños.

Sus habitantes a pesar de ser muy amables con los internos que llegaban, mantenían las distancias con ellos debido a un cierto pudor antiguo, mezclado con sus costumbres y su fervor religioso.

A pesar de que la residencia daba trabajo a la mitad del pueblo, cuando los más viejos del lugar se cruzaban con algún interno, se cuidaban de que nadie les viera y se persignaban a escondidas.

Los niños no existían en aquella residencia, a los niños del pueblo les estaba totalmente prohibido acercarse a la residencia, incluso les contaban

cuentos de que los niños que se acercaban a la residencia desaparecían por algún tipo de maldición y se volvían malditos, mientras que los pocos niños que venían a visitar a algún familiar tenían incluso más prejuicios que la gente del pueblo.

Al llegar al centro de desintoxicación uno de los celadores me llevó a buscar acomodo.

Yo mientras tanto le insistía en que no estaba loco. En ese momento tuve vértigos y a punto estuve de caerme, sentí miedo de que aquellos obreros que estaban trabajando en la residencia me faltaran el respeto por mi aspecto, ya que me sobrevino un cambio hormonal que me cambió la piel. El celador sin embargo esbozaba una impertérrita sonrisilla, iluminada con unos dientes postizos de oro, que siempre sacaba a relucir con todo aquel que entraba por primera vez en aquella residencia y bufaba mientras caminaba, seguramente sería por el calor que hacía lo que le impedía mover su corpulento cuerpo y le hacía zarrandear el culo a cada paso.

Mientras tanto mi padre era recibido por la directora.

— Tu hijo tendrá que seguir a rajatabla mis indicaciones para levantar cabeza, le dijo la directora al padre de Morad, mientras que por la ventana seguía atenta a todo lo que pasaba alrededor.

— ¿Por qué?

— De ahí es difícil salir. Lo sé tengo mucha experiencia en estas lides.

El padre de Morad se arrimó a la ventana y se asomó para ver como en ese día tan caluroso, el sol era capaz de derretir la tierra y abrir grietas para que las hormigas encontraran refugio. Sin más dijo: Parece el sitio perfecto y se marchó rápidamente para volver a su trabajo.

El celador intentó buscarme acomodo con un chico que era un poco problemático.

Pero al verme este compañero se quejó de mi aspecto diciéndole al celador que yo no tenía muy buena pinta.

Le suplicó al celador que le dejara solo en su habitación, que él quería estar solo, que le molestaba la compañía, incluso la luz del sol y que por eso mantenía las ventanas totalmente cerradas.

Entonces me acomodaron en otra habitación donde tenía que compartir techo con un gitano heroinómano, que estaba desintoxicándose y que parecía que siempre tenía un mono perenne de caballo, y a este interno sí que parecía que le alegraba mi compañía.

Tenía que compartir techo con un heroinómano, cuando días atrás ni le hubiera dirigido la mirada.

Nada más entrar en aquella habitación a la que llegué muy sofocado y debilitado por el penoso viaje de seis horas, que había puesto fin a mi libertad, lo primero que hice fue dejar mi maleta en el suelo y a continuación me quité los zapatos y me tumbé en la cama. Mirándoles con una mirada de odio, sugiriéndoles con la mirada que me dejaran en paz.

El viaje me había dejado la cabeza destrozada, además de haberme agotado física y psíquicamente, como si una turba de celadores desbocados hubieran pasado por encima mío.

–Mi arma déjale solo -le dijo el señor celador al gitano-. Mira, intenta dormir.

–¿Dejarle solo?. Es que no te das cuenta, Gus, que esa es la tragedia de la vida de este pobre hombre. Que siempre le han dejado solo. Que no le han hecho caso nunca. ¡Él necesita a alguien necesita amor!.

¡Déjale dormir!. Debe estar cansado, le volvió a decir el celador al gitano.

Gustavo era el celador de aquella ala de la residencia.

Desde que tenía uso de razón siempre había estado de una forma u otra ligado a la residencia y había desarrollado el olfato propio de un San Bernardo con los nuevos internos que llegaban.

Gustavo era una especie de domador de fieras de la residencia.

Su verdadero nombre era Gustavo Ildefonso. Aunque todos le llamaban “El Castor”, ya que cuando sonreía lo primero que destacaban eran sus dos paletos bastante inclinados hacia afuera, flanqueados por dos dientes falsos de oro.

Se había salvado de acabar trabajando en la labranza, donde una vez que fue a ayudar a su padre y cuando un sol de justicia estaba en lo más alto del cielo, se le calentó la cabeza y se conjuró en no volver nunca a ese trabajo de perros.

Dijo que desde ese día nunca más y meses más tarde consiguió entrar a trabajar en la residencia.

Pero su verdadera vocación era la de negador de sueños, eso es lo que verdaderamente era... Él había decidido que los sueños no tenían cabida en él.

Su madre siempre anduvo buscándole una chica entre las del pueblo. Iba y venía de aquí para allá preguntándole a las jóvenes si querían conocer a

su hijo, pero ninguna parecía estar interesada y nunca consiguió pretendientas para su hijo.

Gustavo había conseguido domar a los demás internos, a los que consideraba como unos objetos más de decoración de la residencia, pero con el gitano no había podido encajarle como un objeto de decoración más.

Y siempre aprovechaba para soltarle algún tipo de charla que había leído en un curso por correspondencia de autoayuda y que aderezaba con pasajes de cosecha propia para intentar domarle.

En mi primera noche allí ambos se enfrascaron en una conversación filosófica bastante profunda e inentendible para mí. Mientras ninguno de los dos entendía tampoco de lo que estaban hablando, a mí el sueño me iba abobando, pero no podía dormirme por el ruido de la conversación y por la molesta luz que tenían encendida.

Me hacía el dormido para que no me agobiaran más, como sugiriéndoles con mi posición fetal de estar totalmente derrotado y haciéndome el dor-



mido a que dieran por terminada la conversación para respetarme el sueño.

Cuando apagaron la luz no sé que extraña fuerza me impulsó a explorar aquella residencia.

Llegué al servicio y al salir de ahí me encontré perdido en una total oscuridad sin conocer el camino de vuelta. Me perdía a ratos por los pasillos angostos que estaban envueltos en un silencio que rasgaba el ambiente.

Todo era blanco, pero no era un blanco bonito, sino un blanco de hospital.

Luego de un rato que se me hizo eterno y sin saber cómo, llegué a mi cuarto y allí me tumbé en la cama a esperar el sueño.

En eso se había convertido mi vida, mi vida ahora era una total oscuridad, me había convertido en un ciego, no en un ciego literalmente hablando sino que yo era alguien que tenía que moverse en la oscuridad tanteando el camino dentro del infierno en el que me encontraba.

Hice un esfuerzo en pensar en cosas agradables porque sabía que iba a estar mucho tiempo sepultado en ese sitio.

Al anochecer el gitano entraba en modo catatónico, como si le viniera un aire del viento del cielo oscuro que no le dejara dormir y se quedaba inmóvil en la cama pero sin dormir.

Yo dormía a ratos, pero el gitano a veces soltaba algún grito, no sé si consciente o inconscientemente que me despertaba.

Cansado de tanto ruido, le dije: —¿No oíste lo que dijo el celador cuando llegué?. Que me dejaras dormir, pues déjame dormir.

Mientras el gitano me miraba contrariado maldiciéndome en voz baja desde su cama.

Esa noche tuve un sueño maldito donde la muerte venía a por mí y sentí miedo de morir de alguna forma violenta en aquel lugar, y es que además dormía con un gitano heroinómano, como si estuviera en una película de humor negro.

Aquel centro había dañado mi cerebro nada más entrar ahí y me había proferido una herida en mi mente, como si se me hubiese hundido el cráneo, ahora mi cabeza me molestaba continuamente, como cuando tienes una herida en los pies que te roza en los zapatos al caminar.

¿Estaría mi hermana en un purgatorio como en el que yo estaba?. Oí su voz como si estuviese presente pero sólo era un sueño.

Al llegar la mañana abrí los ojos cegándome los intensos rayos de luz del sol que entraban por la ventana y se me olvidó el miedo.

Así iban pasando los primeros días en una tras otra de esas cabezaditas que me echaba después de comer, donde la temperatura en aquel pequeño pueblo de la Andalucía profunda rondaba los cuarenta y cinco grados a la sombra.

Había días que no tenía hambre y empecé a creer que podría vivir sin comer, pero tenía que ir a comer. Y es que a la hora de comer me daban aquel lote de pastillas dentro de un vaso de plástico,

como si fuese un combinado de pastillas de colores, que mezclado con el sol de justicia de media tarde me carraspeaba la mente y me dejaban como un "zombi viviente" y amuermado la mayor parte del día.

De cuando en cuando entraba el celador en aquella habitación más que nada para cotillear y le decía al gitano: "Mi arma déjale que duerma que no sirve para otra cosa".

Yo no sé por qué razón intenté suicidarme cortándome las venas, seguramente habría sido para salir de ahí, pero no salía mucha sangre al contrario de lo que había visto en las películas, cuando se dieron cuenta me pusieron unos puntos y unas tiritas y me dijeron que no lo volviera a hacer que lo único que iba a conseguir es que me lesionara los tendones.

El padre del gitano siempre venía a visitarle la primera semana de cada mes en un mercedes tunado, por lo que se veía que aunque tuviese esas pintas era rico. Y es que además ese centro era caro y mucha gente no podía permitírselo.

El gitano tenía los rasgos étnicos de su padre y es que los genes de su padre no eran de una calidad de gitano guapo, sino de raza cañí de baja estofa, que debido a las inviolables leyes de la biología había heredado de su padre.

Su padre era largo y enjuto, no tenía una cara normal sino tirando a angular, aunque tenía pinta de tipo duro. Cuando hablaba movía la boca como si tuviese un palillo en la boca y se te quedaba mirando esgrimiendo una sonrisa con forma de mueca que le hacía parecer un chulo contento.

Descubrí que el gitano al único al que respetaba era a su padre, debía ser una costumbre ancestral gitana porque yo a mi padre no le podía ni ver.

Un día vino mi padre con mi madre, mi padre parecía contento, seguramente estaría pensando que había encontrado el lugar perfecto para mí, mientras se reunía amistosamente con la directora a la que le hacía la pelota como si fuera una amiga suya de toda la vida, no sé de qué estarían hablando, pero denotaban una sonrisa falsa

como las de unas hienas que tienen carnaza para compartir.

La directora de aquel centro era una señora emperifollada de la familia Osborne y era la tercera generación que regentaba aquella residencia, además tenía fama de ser un poco imbécil incluso dentro de su propia familia y por si fuera poco hacía buenas migas con mi padre.

Ella ponía de ejemplo a mi padre, como alguien que no lo había tenido fácil en la vida y que a pesar de eso había triunfado.

A mí ella me daba un poco de mala espina y no quería tener nada que ver con ella.

Y tampoco nadie sabía quién era su esposo.

Decían las malas lenguas que todo había empezado en la boda de la directora.

En aquellos días el país estaba en crisis como casi siempre. Y aunque eran tiempos de crisis para todo el país, aquella fue una boda por todo lo

alto, fue una celebración de alto copete donde todo el mundo iba de riguroso smoking.

Había sido una boda muy pija donde hubo más de mil invitados, pero el servicio de catering se la metió doblada, ya que los succulentos canapés de jamón serrano tenían una variedad de virus porcino altamente contagiosa.

Cuentan que en la boda de aquella pareja el padre de ella, Don Lucio, se contagió como la mitad de los invitados de aquella boda.

Dicen que Dios juega a los dados, por eso yo me salvé, contaba Lucio, como si fuese una anécdota, pero con los invitados a la boda el virus porcino fue acabando poco a poco.

A su padre le dejó tarado o como quieras, pero no acabó con él; pensé que había sido un castigo divino por contradecir los deseos de Dios.

Ya te dije... había dicho Lucio... que la luz era infinita, yo la vi en aquella noche en el hospital de no haber vivido aquella experiencia, quien me aseguraría que no hubiera muerto, porque poco

después de aquello volví a la vida. Lo que precipitó que ella se convirtiese en la nueva directora.

Yo ya me imaginaba que esto pasaría. ¡Maldito sea el día en el que no le presté atención! Se lamentaba Lucio.

A partir de ahí y al enfermar el padre la directora pasó a ocupar su lugar.

Aquello fue el principio del fin de aquella pareja.

Aquellos dos vivieron solos en aquella casa, sin contacto con el exterior, durmiendo en la misma cama solos ante el mundo. Aquella desdicha se convirtió en su penitencia.

No sé si el marido de la directora se suicidó o no por eso, pero yo nunca le vi merodear por aquí, aunque de una u otra manera su ánimo parecía que sí estuviera rondando por aquí todavía.

Los que sabían la verdad contaban que solía andar por la residencia en zapatillas y con una toalla anudada a su barriga mientras abusaba de las internas en las oscuras noches.



Y que cuando aquel asunto salió a la luz no aguantó la presión de que su esposa y conocidos se enteraran y se suicidó, colgando su toalla del techo y anudándola a su cuello en uno de los servicios de la residencia.

Los internos siempre íbamos ataviados con nuestras discretas ropas por la residencia.

Ninguno de nosotros quería parecer más elegante que los demás y sin saber cómo nuestras ropas aparecían limpias por la mañana. Nadie sabía como era pero siempre teníamos algo de ropa limpia. Nadie sabía si te limpiaban la ropa o si se autolimpiaba sola, pero en verdad todo aparecía limpio al día siguiente y siempre teníamos algo limpio que ponernos.

Sin embargo, la directora llevaba siempre vestidos muy caros, pero que parecía que tenían ácaros.

Ella se había acostumbrado a comprarse un modelito todos los días en un centro comercial de la capital y los iba sacando poco a poco.

Según se compraba un modelito, lo que era casi a diario, lo almacenaba en el vestidor de su casa guardándolo casi religiosamente en el vestidor de su lujosa casa, ya que eran demasiado sofisticados para aquel pueblo.

Aunque los guardaba con mimo, algunos tenían algo de polvo, después de haber estado tanto tiempo guardados en su vestidor.

La única preocupación de la directora era su relación íntima y casi obsesiva con los modelitos que se compraba y que almacenaba con mimo, para que no se ensuciaran de polvo y poder mostrárselos a alguna visita que viniera a su casa, para empoderarse delante de ellos y denotar lo pudiente que era.

Pero últimamente a causa de su vida sedentaria había engordado unos kilitos de más, y con esa barriga caída ya no le servía ninguno de la ingente cantidad de conjuntos que guardaba en su vestidor.

Por lo que se apuntó a un gimnasio de la capital que estaba a treinta minutos del pueblo y que ella recorría a toda velocidad en su Porsche.

La casa de la directora estaba situada en un altiplano del pueblo, a pesar de que era una casa bonita y que estaba rodeada de un cuidado césped, contrastaba con la aridez de la tierra de aquel pueblo y además en el pueblo murmuraban que la casa de la directora estaba maldita desde el suicidio de su marido.

Pero lo que más árido estaba con diferencia eran los jardines de su residencia donde ni siquiera había árboles. Quizás los talaron hace poco porque el suelo seguía lleno de hojas. Y a pesar de no haber árboles parecía una estampa de otoño.

La directora, quizás siguiendo la tradición familiar, sin llegar a ser pederasta era una asaltacunas y tenía cierta predilección por los jovencitos de buena familia a los que quería pervertir y “joder de por vida” en el término más literal de la expresión, término que por cierto también acuñó Freud.

En una de esas noches que consiguió llevarse a un joven del gimnasio a su casa, le dijo lo mismo que a todos los que habían visitado su casa anteriormente: ¡Ven mi niño acércate que yo no me como a nadie!.

Yo curaré tus heridas con esta droga calmante, le decía a aquel joven, mientras se ponía cómoda en la cama de la misma forma parsimoniosa que hacía con todos los jóvenes que entraban en su casa.

El joven postrado en la cama, no sin cierto miedo, no paraba de echarle un ojo a un par de cadenas de oro y a un llamativo reloj del mismo metal, que destacaba en la muñeca de La Directora con un inusitado brillo, que ella ni siquiera se quitó, cuando ambos estaban desnudos ante el mundo de la misma manera en la que Dios les vio nacer.

En ese momento puso dos rayas blancas sobre la mesita de noche y le dijo: ¡Tómatela de una vez como un valiente!.

Después de esnifarse aquella raya, el joven se quedó totalmente plácido, como si estuviera en un sueño, pero a la vez despierto, el chaval que no quería perder esa oportunidad se fue poniendo en posición de aparearse, pero en ese primer intento se le cortó el rollo, quizás debido a su poca experiencia ya que era la primera vez que estaba con una mujer.

Venga hazlo con total decisión hasta el final;  
¡Cómo un campeón! Le azuzaba la directora.

En ese momento el semblante del joven mudó a otra expresión difícil de definir y en ese instante algo empezó a bullir en la cabeza de aquel joven, algo que era maravilloso y desconcertante a la vez... El joven se encontraba en su primera vez como flotando en las nubes y en ese momento se produjo una asociación neuronal fuera de lo común dentro de su cabeza que le hizo gritar de placer: ¡Hostia!. Y en ese momento le vino un orgasmo tan grande que casi se caga en la cama.

Agotado se desplomó en la cama y al volver a la realidad se encontró fumándose un cigarrillo con ella al lado suyo.

Al día siguiente La Directora apareció sonriente con todo el mundo, ya que siempre se le cambiaba el humor cuando conseguía pervertir a algún joven.

Ese día hacía un sol radiante... En uno de estos días, cuando ya llevaba algún tiempo saliendo diariamente a los jardines, apareció María. Que a pesar de tener la cara un poco demacrada, se notaba que había sido guapa en un tiempo anterior.

La mayoría de los internos se daban la vuelta para verla cuando ella iba paseando.

Ella andaba sola por los jardines, ya que era la primera vez que la dejaban salir, pues siempre había estado recluida en su ala de la residencia.

Para salir en su primer día se puso un vestido blanco, que unido a lo fantasmal de su estampa parecía La Santísima Trinidad en vida.

Tras su último «viaje» estaba bastante sucia y muy desvencijada, siempre iba repitiendo en voz alta la misma consigna como si fuera un bucle infinito. — Paraíso perdido... paraíso encontrado.

Esperé a que se fijase en mí mientras no perdía detalle de lo que decía, siguiendo todos y cada uno de sus movimientos y ajustándome a su paso.

Mientras daba vueltas afuera en el patio, los ruidos se convertían en silencios, y aquella mujer estaba de pie con su cuerpo al borde del precipicio; impidiendo la llegada de su curación y con la pena estremeciendo su delgado cuerpo.

Entonces me puse a pensar que era lo que quería expresar.

Pero ella seguía absorta en sus pensamientos intentando aislarse sin prestarme atención.

Y la verdad es que esa frase no conseguía de ninguna forma encajarme en como era realmente la residencia.

A lo mejor es que yo era el equivocado y es que a lo mejor vivíamos como privilegiados en vez de malditos, como yo había creído hasta ese momento.

Era la primera vez que encontraba a alguien que mirara el lado positivo y que pudiera sentirse feliz allí.

Otras veces cambiaba el monólogo y se autoinfligía grandes dosis de autoestima.

La primera vez que habló dijo que era una chica que había vivido muchas experiencias.

Como recalcando que ella estaba por encima mío.

Si no hubieras tenido esas experiencias no estarías aquí; le dije... alegrándome insanamente de su presencia.

No serás tu Morad, me preguntó, le dije que como sabía mi nombre y me dijo que continuamente oía como me llamaban por los altavoces avisándome de que tenía una llamada, le dije que



era mi madre que continuamente me llamaba y me dijo que sentía curiosidad por saber quién era ese Morad y que incluso oía mi nombre desde su habitación, cuando no la dejaban salir al patio.

Pero quien sabe si las experiencias de María habrían sido buenas o malas, había algo raro en lo que le había pasado a María. ¿Quién sabe si habrían sido buenas o malas experiencias?.

Seguramente en algunos momentos habrían sido buenas y en otras lo habría pasado mal como todos.

Pero era verdad que había tenido esas experiencias.

María, antes de ingresar, había hecho recorridos por el sur de Andalucía, para enseñar a los niños más desfavorecidos refranes populares de desarraigados autores de ideología comunista, lo que en el argot político llamaban marketing social, que había aprendido de una diputada del Partido Comunista cuando había sido su ayudante.

Este trabajo la había sumido en una profunda depresión que había dado paso a una multitud de fiestas sin freno con todo tipo de sustancias, mientras recorría Andalucía con unos colegas en una furgoneta Volkswagen.

María ahora estaba acabada después de aquella última fiesta en aquella furgoneta Volkswagen en un descampado de la provincia de Jaén.

Ella se había convertido en la vergüenza de su padre. Un señorito andaluz que no dudó en recluirla en aquel centro para olvidarse de ella.

A decir verdad, su padre prefería verla muerta a verla en ese estado. Un padre del que se había rebelado, quebrantando sus normas y por lo que le había caído encima la maldición del Espíritu Santo. Apareciéndole llagas en pies y manos en Semana Santa, Semana de la que su padre era un profuso devoto y fiel creyente.

Cuando raramente iba a verla a María se le ponía una cara entre miedo y consuelo.

Quizás las ofensas y faltas de respeto que ocurren en la vida de todos, son motivos para que algunos se refugien en la locura a solas con sus recuerdos erosionando su mente.

Como al fin y al cabo teníamos que vivir juntos... Más bien pronto que tarde nos juntamos los tres y a pesar de las profundas diferencias entre nosotros, aquel centro consiguió juntarnos como si fuésemos uña y carne, dándonos calor humano los unos a los otros.

Nos sentábamos juntos en uno de los bancos de los jardines, mientras dejábamos pasar el tiempo en aquellas monótonas tardes mirando el gris horizonte, como si el futuro se hubiese olvidado de nosotros.

Siempre que parecía que el día estaba en su apoteosis, empezaba a comenzar la noche y en esas tardes pasábamos las horas sin mediar palabra entre nosotros.

Mientras que en otra parte, en otro lugar... quizás muy cercano, pero muy alejado de nosotros, ha-

bía un cielo azul, donde no hubiera ventanas con rejas que impidieran que se renovara el aire.

Gustavo de una manera sospechosa luchaba por juntarse a nosotros, queriéndose integrar en nuestro grupo soltándonos frases y gases, ya que siempre estaba estreñado y tenía mala educación.

Una vez que se juntó a nosotros, empezó a soltar una de sus frases dirigiéndose al gitano.

–Ya sé que me dirás que eres un ser con muchas limitaciones, pero recuerda que tienes la suerte de conocerme a mí, que tengo bien plantados los pies en el suelo y te voy avisando de las trampas que te puedes encontrar en cada esquina, mientras el gitano le miraba con ganas de clavarle un puñal.

Gustavo siempre había creído en la negación de los sueños y observaba concienzudamente a los psicólogos que andaban por ahí y quiso establecer una nueva teoría que era la de medidor de sueños.

Los que más soñaban para él estaban más lejos de la realidad. Quería convertirse en medidor de sueños y se apuntó a un curso de psicología por correspondencia, para demostrar que los sueños no conducen a ninguna parte, queriendo emular al propio Freud.

Cuando se levantaban los internos les iba preguntando uno a uno si habían soñado y a los que más soñaban les miraba con una falsa complacencia.

Pero yo empecé a sospechar que ese interés que tenía especialmente y últimamente por nosotros, era a causa de María, a la que él le había echado el ojo. Gus la veía como la oportunidad perdida, algo que su madre no había conseguido y María despertaba dentro de él un profundo sentimiento.

Cuando estábamos viendo la televisión en el taller de la residencia, María se levantaba y nos decía a todos. —¡Parece que los de la televisión me están hablando a mí!

María en su inocencia sospechó que la causa de la desilusión que había observado entre los internos del taller mientras trabajaban, era cuando una radio de coche que los internos tenían no conseguía sintonizar algún tipo de música que fuera suave a veces y estridente otras veces.

El rollo que quería conseguir María era un tipo de música binaural con la que los internos pudieran sentirse identificados. Como si fuese un flash cambiante de música suave pero emitida por unos viejos altavoces, que emitieran un ruido estridente que consiguiera empatizar con los internos más bipolares.

Ella tenía mucho cariño a aquella radio que ella creía que le hablaba. Te asombrarías de oír los mensajes que me mandan y que sólo oigo yo, le decía al gitano. Otras veces le preguntaba si eso podía ser, a lo que el gitano le respondía que sí podía ser, aunque otras veces creía que era otra cosa o cosas de ella.

Aquella radio que los internos habían conseguido en un desguace cercano tenía las tripas abier-

tas y en general todo su interior abierto, desde donde salían dos deshilachados cables, que estaban conectados a una batería de coche que había dentro del taller de la residencia.

Una tarde me llegó el rumor de una fiesta y al entrar en el taller estaban los internos bailando al son de la música, ya que María había encargado a dos internos poner dos potentes altavoces en el techo. Eran dos potentes altavoces de un tamaño considerable como los que te puedes encontrar en cualquier discoteca de Ibiza.

El más joven de los internos, que era el que más al tanto estaba del nuevo panorama musical, era el encargado de sintonizar una buena emisora.

Tenía que mover la ruedecilla de la radio con sus dedos con mucho tacto y con la precisión de un mecánico y cuando por azares del destino, conseguía sintonizar algo que no chirriase mucho, lo ponía a todo volumen y mágicamente el semblante de los internos pasaba de un estado de letargo a otro, en el cual algunos movían la cintura como bailando, mientras hacían sus quehaceres

con la mente puesta en aquella música estridente que emitían los altavoces que estaban colgados del techo.

Y no sé si debido a lo desequilibrado que estaba el montaje hecho en el techo del taller, que todo el montaje cayó al suelo con estridencia desde una altura considerable. Haciéndole una brecha a otro interno que pasaba en esos momentos por debajo de los altavoces.

En ese momento todo quedó en silencio y después de unos segundos un interno gritó: ¡Cuidado que casi lo mata!.

Milagrosamente la cosa no pasó de un susto, ya que aquel golpe podía haber matado a alguien y es que el interno que con tan mala suerte pasaba por allí en ese momento medía uno noventa y tenía una cara que aparentaba no sentir ningún tipo de dolor, después de los innumerables años que debía llevar allí y eso además de algo de suerte habían amortiguado un poco el fuerte impacto. A este interno no le había visto nunca, a lo mejor le habían recluido en algún sitio oscuro



por alguna razón, pero tenía una cara que daba miedo y asco a la vez e iba rebuscando por los ceniceros colillas para fumárselas antes de que le ocurriera lo del golpe en la cabeza.

No sé quién habría hecho la instalación de los altavoces pero era un poco chapucera. Había algo que no estaba del todo bien hecho y es que los cables seguían colgados en el techo como serpentinatas y todavía se corría el peligro de que le fueran a dar un chispazo a alguno de los internos de mayor altura.

Al darse cuenta el interno, que le resbalaban gotas de sangre por la frente, empezó a gritar, pero como tampoco vocalizaba muy bien gritó algo parecido a ¡Guasa guasa!. Entonces otro interno dijo: ¡Traedle una gasa que se desangra!.

A la vez que otro interno más se quitó la camisa y la ató fuertemente a su frente para frenar la hemorragia, mientras que las mayores de aquella residencia suspiraban por lo trágico de la situación.

El interno que se había quitado la camisa decía que no cundiera el pánico e intentó tranquilizar a las viejecitas para que dejaran de gemir, diciéndoles que: Tranquilas que aquí no había pasado nada, que todo se había quedado en un susto.

Luego vino aquel mareo, aquella confusión, el irse diluyendo la consciencia como en agua espesa, el girar de luces y ese sabor a sangre en la lengua cayendo redondo al suelo y haciéndose añicos la cabeza, entonces vinieron los enfermeros y le sacaron de ahí.

Para evitar esos sustos en la residencia nos impusieron eliminar el ruido excesivo, ya que si venía un inspector del Ministerio de Sanidad y Consumo se nos podía caer el pelo, además decían que la música a todo volumen nos perturbaba en nuestro camino hacia la curación.

Por lo que dos de los internos más altos tuvieron que quitar lo que quedaba del montaje del techo y dejar solamente el aparato de radio sin los altavoces.

Era como ponernos un bozal a todos los internos de la residencia.

Aquello provocó un pequeño motín en el que el más antiguo de los internos, que llevaba unos treinta años allí y que incluso había conocido al padre de la directora, amenazó con fugarse de la residencia.

María, ni corta ni perezosa, decidió arreglar el problema.

Al llegar a la zona restringida para el personal de la residencia vio una puerta con el cartel de OFICINA, la cual tenía unas florecillas azules y rojas de plástico de adorno. Cuando se cercioró de que no había nadie mirando, pulsó el timbre que sonó como una radial cuando chirría en contacto con el acero e instintivamente separó el dedo de aquel aparato y su ruido cacofónico cesó. — ¡Menos mal qué alivio!, — dijo temblando — como si le hubieran quitado un peso de encima.

Entonces oyó unos pasos y María se quedó titubeante.

La directora lo primero que le dijo al abrir la puerta fue: —¿Qué es lo que quieres?.

María le dijo al frente de una comisión de internos que la seguían, si ahora pillamos los cables con grapas en el techo y en las paredes el problema desaparecerá.

Y por si fuera poco y en un acto de valentía, María le explicó a la directora que en la oficina teníais un suave hilo musical que proviene de unos redondos altavoces integrados en el techo y que es mucho más sofisticado que el que tenemos nosotros.

Nosotros también nos merecemos tener algún lujo como los que tenéis vosotros en la oficina. Añadiendo que en la residencia éramos todos iguales y que ninguno podía ser más que nadie.

No somos ni más ni menos que vosotros, somos iguales a vosotros, recalcó poniendo una mirada valiente.

Trátanos de Vd. le dijo la directora y no te preocupes que pondremos los altavoces como tú dices.

Y de esta manera tan fácil se acabó el problema.

Cuando todo acabó, María le habló a la gente congregada en el patio para agradecerles su apoyo, mientras su voz se abría paso entre el lloriqueo nervioso de las mujeres de más edad.

Al acabar le aplaudió aquella multitud de internos que estaban contentos aunque algunos no sabían porqué. Sin quererlo se había ganado la admiración de los demás internos.

Y como las buenas noticias nunca vienen solas, sino que les siguen malas noticias que buscan la forma de hacer su aparición lo más rápido posible. Esa noche dos celadores siguieron a María cuando volvía a su habitación y una vez dentro de la habitación, la inmovilizaron atándola a la cama con unas cintas de cuero y a continuación cerraron la puerta.

Allí, en un rincón, María se quedó llorando y sollozando hasta que ya no pudo derramar una lágrima más. Para ella aquellos hombres no tenían ni siquiera el privilegio de acabar en el infierno, eso sería benévolo para unas bestias de tal calibre.

No había castigo suficiente en el mundo que compensara el maltrato del alma medio quebrada de aquella muchacha.

Mientras, la directora, después de darle gracias a los celadores, les dijo: Démosle gracias a Dios Nuestro Señor por que la podamos recuperar después de todo el mal que ha causado.

A la mañana siguiente fui con el gitano a visitarla mientras ella se revolvía en la cama intentando zafarse de aquellas cintas que le mantenían postrada en la cama, a la vez que suplicaba que la desataran.

En ese momento donde reinaba la calma mezclada con el abatimiento, el gitano interrumpió

bruscamente el silencio y como si me confiara su último deseo en caso de que las cosas fueran a peor; me dijo: Ahora eres alguien en el que puedo confiar; si alguna vez me ves mal ponme las manos en el cuello hasta matarme.

Se levantó y puso sus manos sobre mi cuello como escenificando inconscientemente lo que yo tenía que hacer llegado ese momento.

Al ponerme sus manos en el cuello noté como la sangre desbocada le bullía por todo el cuerpo.

Desconcertado, le dije que el problema es que yo no sabría cuando sería ese momento y que podría matarle en un momento en el que estuviera bien.

Uno de los psicólogos le oyó y le recriminó que no había que pensar en esas cosas, que la vida era muy bonita y que los que le querían se sentirían defraudados si le oyesen decir eso.

Entonces el gitano se arrancó por bulerías y le contestó que:

ME IMPORTARÁ UN PIMIENTO POR CULPA DE MI SUICIDIO, CREARLE DAÑOS FÍSICOS O PSÍQUICOS DE POR VIDA, A CUALQUIER PERSONA O PERSONAS, YÁ SEAN ESTAS NIÑOS O ADULTOS PARA QUE TE ENTERES.

A pesar de todo al gitano le veían bastante bien e incluso la directora decía que era muy inteligente.

El consenso de todos los profesionales de la residencia es que había mejorado mucho desde su ingreso tres años atrás.

Le comunicaron que dentro de tres meses le iban a dar de alta y como no leía muy bien me dijo si era verdad lo que habían escrito en ese papel.

Le dije que no entendía muy bien que es lo que querían decir con lo de su psicosis tóxica había remitido, pero que ponía que podía seguir el tratamiento en su casa.

Y como los malos días nunca vienen solos, sino que se quedan en espera latente mientras buscan volver con más fuerza y con más desgracias y al



volver, se conjuran para hacerte sentir de principio a fin lo que es un mal día, ahora al gitano le tocaba elegir si irse con su padre o irse con su madre y un vendedor ambulante con el que se había fugado después de dejar al padre, sobre el que las malas lenguas decían que la maltrataba continuamente.

Todavía recuerdo el día en el que se había enterado de la separación de su padre y de su madre, maldijo a su madre y luego entre sollozos dijo: Madre ¿Por qué me has dejado solo?.

Cuando cumplí tres meses en la residencia, ya con los dieciocho años cumplidos dentro de aquel centro, mi padre habló con la directora para que me permitiese sacarme el carné de conducir.

La directora le dijo que le parecía una buena idea y que serviría para que me adaptara de nuevo a la sociedad a la que había dejado de lado por el internamiento.

Como si se hubiese abierto una nueva fase en mi vida, salía del centro tres veces por semana para dar las clases prácticas de conducir. Incluso había escrito una monografía, ya que estaba totalmente implicado en esta nueva aventura y era una meta muy ilusionante.

El artículo que había escrito sobre la conducción textualmente decía: “La dirección asistida en los coches, que si bien es muy cómoda para los conductores, entraña un peligro dentro de sí y es que hay que saber usarla de la misma manera que hay que tratar a las mujeres, o sea con cuidado, ya que un ligero volantazo puede hacerte perder el control del coche”.

Después de dos exámenes fallidos a la tercera intentona logré mi meta y conseguí mi carné de conducir.

Llegó el domingo que era el único día que nos dejaban salir al pueblo y para celebrar que ya tenía conmigo el carnet de conducir le dije a María, a la que ya habían desatado. ¿Te vienes conmigo?.

Cuando se acercó la susurré: “Hoy vamos a hacer algo especial vamos a pillar algo de hachi”.

Ella aceptó enseguida sin saber si era una broma o no y salimos como locos por la puerta de la residencia que separaba la residencia del mundo exterior.

Aquel sendero que llevaba al pueblo parecía tener una distancia infinita, a pesar que estaba sólo a kilómetro y medio de la residencia, pero a nosotros nos costaba recorrerlo más de lo normal.

Al llegar al pueblo entramos en aquel garito que era uno de los lugares más sucios en los que yo haya entrado. Sin andar con pejilgueros prejuicios fui directamente a tratar con el camello que me dio un poco menos de hachi de lo normal. Y es que a los internos no nos tenían mucho respeto.

En mitad de la calle María y yo probamos aquella piedra de hachi y al momento desapareció nuestra timidez. Estábamos ahí el uno y el otro frente a frente sin tener a nadie más que el uno al

otro, ni remotamente teníamos en cuenta que tuviésemos familia, eso era para los que no estaban locos y a pesar de lo desinhibidos que estábamos nos besamos de una forma un poco forzada después de haber fumado aquel porro de hachi. Mientras que una señora mayor que pasaba por allí se tapaba la vista y se persignaba al mismo tiempo.

Fue muy fácil embobar a la María.

Si incluso se le iluminaron los ojos e incluso se puso colorada mientras pensaba; ¿Cómo se habrá fijado en mí?; diciéndolo para sus adentros como si fuese una niña.

Mientras un aire caliente soplaba en aquel pueblo convirtiéndolo en un horno.

Al volver del pueblo andando por aquel sendero que llevaba a la residencia cayó una monumental lluvia después de un día de pleno calor, aquella lluvia nos había pillado desprevenidos y como no encontrábamos refugio nos empezamos a empapar a un ritmo infernal.

Después vino un fuerte aire que hacía remolinos alrededor nuestro, lo que nos hizo reír sin ninguna lógica.

Un coche del pueblo que pasaba por allí tuvo la misericordia de recogernos y llevarnos a la residencia.

Mientras María, toda mojada, se había ido al servicio a atusarse el pelo, a la vez que canturreaba contenta, mientras pensaba que llegaría el día en que estos días penosos se acabasen. Luego se cansó de tener esperanza y es que la esperanza cansa.

Al día siguiente también llovía y me fui al taller donde todos los internos estaban cosiendo para una empresa, que le compraba a la directora todas las prendas que hacían los internos.

Se oía un murmullo cada vez más intenso en el taller o eran imaginaciones mías, que me llenaban la cabeza de cosas inútiles y que retumbaban dentro de mi cabeza, como si todos los internos

me estuvieran recriminando que era un drogadicto y que me había enrollado con María.

Se veía venir que la cosa iba empeorando por momentos.

Seguí oyendo el murmullo dentro de mi cabeza, parecido al que hace el viento cuando no tiene dirección.

Me fui a la habitación mientras persistía la lluvia, seguramente estaría pasando una borrasca por encima de nuestras cabezas, pero la lluvia no era como gotas de rocío que limpian la atmósfera, sino que eran como gotas en suspensión de productos químicos que habían anidado en esa residencia de forma sempiterna.

El gitano me siguió y me dijo que agarrara un crucifijo que me dio. — ¡Cógelo! Te hará bien y te alejará de los malos augurios.

No sé que quiso decir con lo de los malos augurios, pero puse el crucifijo en la mesita de noche y bajé las persianas que impedían el paso de la

luz. Y allí empecé a llorar en plena oscuridad hasta quedarme dormido.

Era martes y al amanecer aquella borrasca seguía estando sobre nuestras cabezas como una maldición.

Al llegar la mañana abrí las ventanas mientras las gotas de lluvia resbalaban por las rejas y se me avivó el miedo.

La lluvia que comenzó ayer, fue una lluvia que había esperado un siglo para aparecer.

Había estado esperando desde los confines del cielo y por eso había golpeado algo más fuerte de lo normal, quería dejar su marca en la tierra después de tanta espera.

Habíamos esperado mucho este día de lluvia, ya llegaste por fin le dije. Le supliqué que parara y cuando parecía que había acabado empezó a llover nuevamente como con cólera por haber esperado tanto.

Sentía como las gotas resbalaban por mi ventana. La misma lluvia que resbalaba por la ventana hacía pasar el tiempo más despacio y los días más largos, pensé que si los días duraban el doble y se hacían tan largos jamás saldría de aquí.

Me imaginé como sería la vida de aquella gente que había conocido a lo largo de mi vida, cuando más o menos éramos felices. La vida de aquella gente sería diferente, nunca volví a ver gente tan feliz en mi vida y lloré por no haber sido como ellos.

María pensaba lo mismo que yo, pero seguramente aquella gente nos habría olvidado me decía María. Y lo peor es que esa gente habría cambiado y ya no les agradeceríamos. Dicen que no hay nada peor que se olviden de ti y en esos momentos te das cuenta quién es la gente que te quiere y tienes que ser fuerte para no fallarles.

Aunque antes me acordaba de esos tiempos su recuerdo se me desvanece a veces.



Sentí que yo vivía en una oscuridad total y tremenda.

Creo recordar que alguna vez recordé esos tiempos hasta el comienzo del amanecer, pero luego se desvanecieron con la entrada del nuevo día.

Así me quedé dormido y esa noche lo soñé.

Cuando volví a despertarme la lluvia había cesado, no volví a echar de menos la lluvia, aunque de vez en cuando llovía, siempre llovía cuando no me daba cuenta. Llovía a escondidas como si la lluvia tuviera vergüenza de mostrármese.

Empecé a temer que si la directora o el psiquiatra del centro se enteraban de mi aventura con María, reprimieran mi conducta con alguna inyección que inhibiera mi apetito sexual y que a lo mejor me pudiera dejar tarado de por vida convirtiéndome en un objeto asexual.

Y es que las relaciones entre internos estaban totalmente prohibidas.

En esas circunstancias un poco drásticas empecé a explorar la biblioteca, buscando algo que me pudiera inspirar o incluso algo que copiar en mi cerebro que me sirviera para evadirme de ahí.

Algo como un texto milagroso que me ayudara a salvar mi situación y mi propio destino.

Cogí un libro de la biblioteca al azar y me puse a leer.

Textualmente el mismo Freud había dejado escrito que: “Quien tenga ojos para ver y oídos para oír puede convencerse a sí mismo de que ningún mortal es capaz de guardar un secreto. Lo que sus labios callan, lo dicen sus dedos; cada uno de sus poros lo traiciona”.

Al leer eso me entró miedo y cuando seguí leyendo, que había que aceptar que los individuos los cuales se dejan llevar por sus perversiones deben ser reprimidos como sea por su conducta onírica me entró una desazón tremenda.

Al final me consolé al leer en otro capítulo del libro, otro párrafo en el que Freud relacionaba la

paranoia con las tendencias homosexuales y yo lo que había hecho era un puro y virginal acto heterosexual según la perspectiva del propio Freud.

Llegó la Navidad también hasta a aquel centro dejado de la mano de Dios.

Era un 8 de diciembre día de la Inmaculada Concepción y también el cumpleaños de mi madre a la que llamé para felicitarla y de paso reportarle que todo me estaba yendo bien.

Era una mañana gris, no demasiado fría, pero plomiza y en aquellos tiempos de confraternización el gitano no paraba de recitar unos arrítmicos poemas que él había compuesto y que decían así:

!!!Que asco de vida!!!

Para mí no hay consuelo ni felicidad  
Mi terrible enfermedad me atormenta  
Más “todavía” en Navidad

!!! Asco de Nochebuena !!!

!!! Asco de Navidad !!!

!!! Asco de San Esteban !!!  
!!! Asco de Nochevieja !!!  
!!! Asco de fiesta de Año Nuevo !!!  
!!! Asco de fiesta de reyes !!!  
!!! ASCO DE VIDA Y DE FIESTAS  
NAVIDEÑAS !!!.

En esas fechas hasta al bruto de Gustavo se le enternecía el alma.

Gus veía en María a una morena que le había vuelto loco en su recelosa juventud, aunque María era rubia, él la personalizaba como esa morena y se juró que la próxima semana a más tardar iba a hablar más en serio con ella.

A mi padre también debió enternecerse el corazón con La Navidad, ya que me compró un coche para que fuera aprendiendo a conducir.

Aquel mismo día le pedí permiso a la directora para dar un paseo en el coche con el gitano y por supuesto con María y la directora me dijo que sí.

Gus nos abrió la puerta y nos dijo: Que lo paséis bien, luego nos veremos, mientras nos guiñaba un ojo tocando el cristal donde María estaba sentada.

Al atardecer, cuando iba a empezar a anochecer en esos cortos días de invierno, atravesamos el pueblo que estaba engalanado con decenas de bombillas de colorines y salimos por una carretera comarcal de aquella serranía andaluza.

Estábamos quemando la residencia, no quemándola literalmente con fuego, sino gastando aquellos últimos cartuchos de libertad que se activaban al salir de la residencia, ya que a lo mejor nuestra salida era para siempre y es que estábamos totalmente locos.

Echamos la vista atrás para despedirnos de la residencia y vimos que en la residencia se había producido un incendio. El humo negro que soltaba se veía a kilómetros y las llamas alumbraban el oscuro cielo como si fuesen centellas.

Seguro que algún interno con sobredosis de pastillas se había quedado dormido con el cigarrillo encendido; pensamos... o a lo mejor alguno del pueblo cansado del mal ejemplo que la residencia daba al pueblo fue el que la prendió fuego y seguimos nuestro camino.

Nos fuimos alejando de esa antorcha en la que se había convertido la residencia. Era como un punto en llamas que el calor no dejaba extinguirse.

Menos mal que no estábamos allí comentamos entre los tres. María nos dijo que el destino nos había salvado.

La residencia ya no resplandecía como una antorcha. La residencia se había reducido a un montón de cenizas y sólo quedaba una nube negra de humo, que se elevaba hasta el cielo y que se confundía con la oscuridad de la noche, como cuando eligen al nuevo Papa y hay fumata negra.

Nos cruzamos con los bomberos que no habían podido llegar a tiempo por lo mal trazada que estaba la carretera.

María iba a en el asiento de atrás y el gitano de copiloto, ambos iban ensimismados en sus pensamientos pensando en no sé qué; seguramente no querían volver al sitio de donde salimos.

María dijo que había visto volar cuervos mezclados con las estrellas mientras miraba a través del techo corredizo del coche y yo pensaba que sólo se mueren los que tienen miedo.

Entonces mi mente se quedó desnuda, refrescada por el viento de la madrugada y me volví valiente.

¿Sabéis?, siempre he soñado con poner este coche a ciento sesenta por hora les dije eufórico.

Era una carretera comarcal en mal estado, pero en esos momentos disfrutábamos de una libertad de la que hacía tiempo que nos veíamos privados.

En la siguiente curva di un volantazo sin calcular la sensibilidad de la dirección asistida y perdí el control del coche, que derrapó a causa de la gra-

villa suelta que había en la carretera y se salió por el arcén.

En el segundo golpe contra un saliente de aquel barranco perdimos la vida los tres instantáneamente sin ningún tipo de dolor.

Y es que nuestro destino estaba ligado al de la residencia.

Mientras el coche siguió dando vueltas de campana cada vez mayores hasta acabar a los pies de un viaducto de treinta metros como si fuese otra roca del barranco.

Ya había pasado un rato largo desde el accidente y aquel barranco se había llenado de espectadores que se habían parado a ver nuestro trágico accidente.

Aquello se llenó como si fuese una fiesta. Se corrió la voz y venía gente de todas partes a presenciar aquello, incluso llegó un vendedor de bocadillos que puso su furgoneta en el arcén y montó su tenderete a orillas del barranco.



Nadie fue capaz de hacerles entender que aquello era una tragedia y un accidente.

Daba igual que fuese de noche, los coches aparcados en el arcén iluminaban con sus faros el lugar del accidente y tocaban el pito a los que pasaban por ahí para que se parasen a ver el espectáculo.

La gente se paraba dentro del coche para ver el accidente, sin importarles crear una congestión kilométrica en aquella carretera comarcal que se perdía en el cerro siguiente a donde estaba el viaducto.

Nos habíamos convertido en el centro de atención de toda la comarca.

Se llevaron nuestros cuerpos envueltos en unos sacos negros encima de unas camillas, pero la fiesta continuaba y nadie quería irse de ahí.

Entonces sucedió algo inesperado y como si fuese un movimiento al unísono, todos los espectadores de nuestro accidente fueron desapareciendo gradualmente para seguir con sus quehaceres.

Y apenas se había ido el último de allí se abrió el cielo y volvió la lluvia.